

NEVANDO EN LA GUINEA

Revista Literaria Digital Trimestral

Tema gráfico: número dedicado a la fábrica de sueños y reivindicaciones que es el cine.

AÑO 8. OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2026

N.º 34

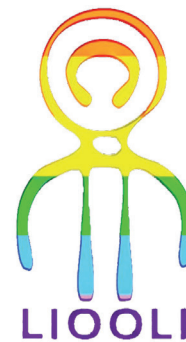


www.capplannetta.blogspot.com



www.lioolimixturas.wordpress.com

www.cuadernodebidaxune.blogspot.com



N.º 34. Año 8
OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2026

CONSEJO EDITORIAL

Cecilio Olivero Muñoz

Juan A. Herdi

Juliana Mbengono

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

maquetadores.org

ILUSTRACIONES

Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.



EDITORIAL XXXIV



El pasado 30 de julio moría Manolo Solo y el 31 de agosto moría Francesc Garrido. Actores de teatro, de cine y de series, además de músico en el caso del primero, poco a poco se fueron convirtiendo, gracias a sus buenos quehaceres interpretativos, en rostros fundamentales de la cultura en España. Formaron parte de un cine, el español, que ha alcanzado sin duda una calidad encomiable, un pilar fundamental de la cultura en castellano y en catalán. De ahí que queramos recordarlos y homenajear sus respectivas aportaciones a una cinematografía que ya forma parte de nosotros, los recordaremos por consiguiente en innumerables películas y series en que participaron, por ejemplo Manolo Solo en algunas de sus últimas interpretaciones, como *La quinta portuguesa*, en la que intervino como actor protagonista, o *Anatomía de un instante*, con un papel central, pero también en muchas otras cintas en las que destacó como actor de reparto, premiándosele por ello, por una interpretación que nunca pasaba desapercibida, tal como ocurría en *Tarde para la ira*, o en el caso de Francesc Garrido en series como *Sé quién eres*, *El tiempo entre costuras* o en películas como *La adopción*.

Pero además figuras como Manolo Solo y Francesc Garrido nos recuerdan la importancia del cine, de la interpretación en general, de todas las actividades que rodean el rodaje de películas y de series o el montaje de obras de teatro, en un momento en que se cierne

el peligro de la desculturización de la sociedad y de las políticas retrogradadas que fomentan algunos sectores reaccionarios en auge.

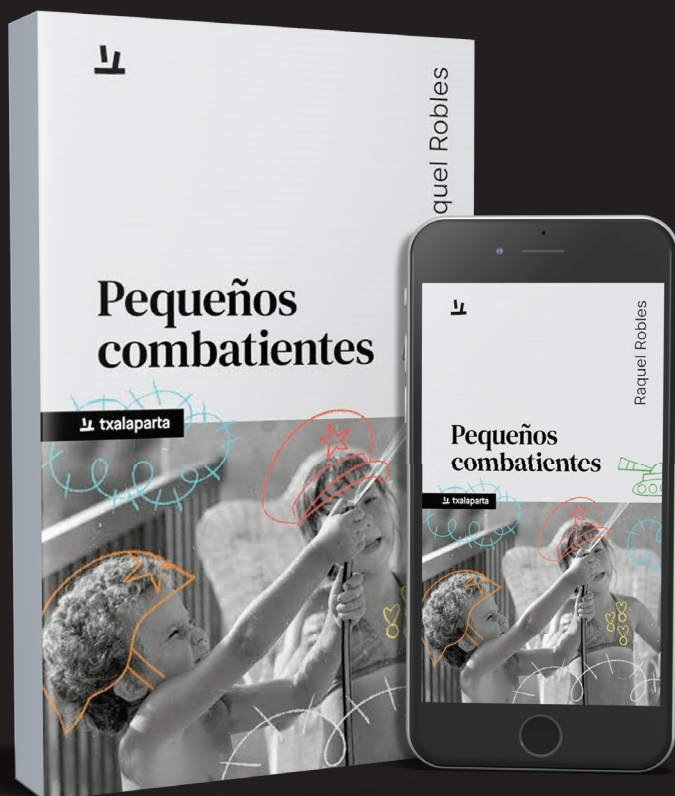
El cine y el teatro, al igual que la literatura, son un espejo para reflejarnos, reflexionar sobre lo que somos individual y colectivamente, también para entretenernos, es cierto, aunque algunos procurarnos, al contrario de lo que ocurre por desgracia tanto en estos tiempos, diferenciar el ocio y la cultura. No porque no tengan cada una su importancia por sí mismas, sino porque la cultura, frente al mero ocio, es un faro que necesitamos para dar luz a nuestra sociedad. Sin cultura no hay futuro ni posibilidad de crítica ni de introspección, es necesaria para la vida. Una sociedad sin expresiones artísticas, todas ellas, es una sociedad empobrecida de valores y de identidad, sería a todas luces la peor de las distopías, algo que por desgracia ya empieza a materializarse entre nosotros.

Aunque son bastantes las personas que intervienen y contribuyen en las artes escénicas y cinematográficas, muchos los oficios que se despliegan en rodajes y montajes, es obvio que los actores y actrices son su parte más visible, quienes transmiten las historias que se narran y quienes nos aportan plenitud y, por qué no reconocerlo también así, felicidad. Es importante recordarlo en este momento, ante tanto peligros, pero también mencionarlo como homenaje a los grandes actores que Manolo Solo y Francesc Garrido fueron.



CONTENIDO

RESEÑAS / Pequeños combatientes. Raquel Robles.....	6
RELATO / El custodio. Juan A. Herdi.....	7
RELATO / Fin de trayecto. Roberto M. Ballarín.....	10
POESÍA / El rojo de sus labios/Betty Boop nunca sonríe. Manuel Lacarta.....	12
POESÍA / Porca miseria. Cecilio Olivero Muñoz.....	13
POESÍA / Eres tú, eres todas. Laura Redondo	13
POESÍA / Necesito / La guerra interior. Cecilio Olivero Muñoz.....	14
POESÍA / Las hijas de la Noche / 'Alea iacta est' / Designio. Javier Olalde.....	15
POESÍA / Cambalache / Díptico del domingo por la tarde. Pedro de Andrés	16-17
POESÍA / Una vida, un alma. Laura Redondo.....	17
POESÍA / El silencio de la ausencia de Dios. Manoli López / Algo pesa entre mis manos. Bertha Caridad	18



Por JAH

RAQUEL ROBLES

Pequeños combatientes

Editorial Txalaparta, 2026

A nadie se le oculta que la ficción, a menudo, tiene que ver con la memoria y con la necesidad de afrontar procesos sociales recientes, traumáticos para una comunidad. Con frecuencia es difícil asumir sus consecuencias colectivas por otros medios. Los procesos de comprensión y evaluación son lentos y la literatura cubre esos huecos, abre perspectivas. Y en ocasiones este proceso de rememoración y de reflexión se realiza desde la perspectiva de quienes fueron más vulnerables, los niños, con una mirada de los hechos en paralelo a su proceso de maduración. Ambos, el intento de comprender lo que ocurre a su alrededor y el natural de aprendizaje y maduración, coinciden en el tiempo, y desemboca en una narrativa que se ha llamado la literatura de los hijos o de la posmemoria, el acercamiento al fenómeno de la represión y de los desaparecidos desde la mirada de la infancia.

Se está dando sobre todo en Chile, pero también, como es el caso de la novela que comentamos, en Argentina. Ya han pasado varios lustros desde que las respectivas dictaduras se terminaron, en ambos caos de un modo diferente, con formas distintas de afrontar la historia reciente, tan dolorosa. La expresión más siniestra es sin duda la de los desaparecidos, personas que en su momento fueron detenidas sin ninguna garantía judicial y de las que no pocas veces no se ha vuelto a saber nada de ellas. Sus familias son también víctimas, en especial los hijos de las personas desaparecidas que han de afrontar la ausencia y la clandestinidad con las herramientas emocionales en desarrollo.

En *Pequeños combatientes* la escritora argentina Raquel Robles, investigadora de este acercamiento a la verdad

histórica desde la ficción, nos ofrece la historia de dos hermanos cuyos padres, militantes políticos clandestinos, han desaparecido. La voz narrativa es la de la hermana mayor, nos describe su cotidianidad y la de su hermano pequeño, nos habla de la realidad de ambos en casa de su tía y de sus abuelas, la vida en el colegio, en la vecindad, el viaje a Tucumán durante las vacaciones, a casa de otra tía, todo ello con la conciencia de la excepcionalidad de sus vidas y la responsabilidad de cuidar emocionalmente a su hermano, pero también, como cualquier niño, afrontando la vida con toda su envergadura.

Sentimos a medida que avanza la novela la madurez de la niña. Asume el drama de sus padres al tiempo que lidia con la incertidumbre y va modelando una actitud realista que escapa en algunos momentos de la esperanza. Al mismo tiempo se enfrenta a la muerte, la posible de sus padres, la de una de sus abuelas, y a la necesidad de estrechar lazos con la propia familia y con las personas, niños y adultos, que se cruzan con ella, no siempre fácil, la clandestinidad, ser hija de desaparecidos y la discreción necesaria son límites estrechos que harán mella en ella.

Es a todas luces una novela de aprendizaje, pero con la ferocidad de las circunstancias que requieren de mucha sutileza, tal vez excesiva para una niña que debiera haber vivido otras experiencias. Forma parte, no obstante, de esa intrahistoria que, por desgracia, ha formado y sigue formando parte de nuestros países, los que han vivido dictaduras y, por consiguiente, tantas vulneraciones de derechos humanos.



Por Juan A. Herdi

El custodio

Durante un tiempo me convertí en el custodio de Venancio. Era su guardaespaldas, su secretario, el chófer que le llevaba y le traía, su recadero, su sombra. En definitiva, su hombre para todo. Lo conocí en uno de los tugurios de Cortes, en pleno caos vital, cuando ya no tenía nada a lo que asirme. Sin trabajos duraderos, sin un chavo, se me abrió una puerta cuando me ofreció que le acompañara a realizar algunas gestiones. Me pagaría un dinero, me dijo, no mucho, aunque para mí era más que suficiente.

Ni imaginaba en aquel instante la naturaleza de sus negocios.

Venancio era un hampón de tres al cuarto. Sin embargo, apenas se le podía considerar un reflejo de lo que fue. En su momento, en los sesenta, vivió cierto apogeo con sus trajines y sus enredos, sin duda más turbios que los actuales según pude vislumbrar con lo que me contaba. Se movía como pez en el agua en el laberinto de calles del barrio ya por entonces en plena decadencia, nada qué ver con lo que fue unos años antes, cuando lo frecuentaban los señoritos bilbaínos, los proletarios el día de cobro y un lumpen buscavidas que supo aprovechar los cauces de la época. Incluso Bertolt Brecht escribió una maravillosa canción sobre Bilbao y la luna vislumbrada desde uno de sus tugurios. Todo esto había quedado atrás cuando Venancio comenzó a moverse por sus calles, pero aún se movía el dinero pese a todo. De los pisos que había controlado, tanto los de propiedad como los que gestionaba para otros, ya sólo le quedaban tres, convertidos en lupanares más bien lánguidos por lo deslucido y triste. Cuatro o cinco mujeres, desastradas, parecían esperar más la muerte que a algún cliente. El día cinco cobrábamos los alquileres y las comisiones correspondientes, en ellos se daban otros negocios ilícitos. Por lo demás, apenas le quedaban ya las transacciones

y compraventas con que había ganado bastante, en sus tiempos de los que me habló con tanta nostalgia. Poco a poco ese comercio paralelo, me contaba, fue menguando a medida que aumentaba la regulación, los impuestos, los controles varios que ejercían las diversas administraciones, la opacidad de los nuevos tiempos, lejos quedaban los años de estraperlo. Habían llegado también otras bandas mejor organizadas que se adueñaron del barrio. Todo cambia, a peor, es inevitable, decía, y luego se reía a trompicones, como un asmático al que de pronto le faltase el aire.

También él había cambiado. Cuando nos encontrábamos en el Búho Rojo o comíamos en el gallego de la calle Iturburu, alardeaba de su juventud lejana y de sus conquistas de entonces, nunca le faltaron las mujeres que se enamoraban de él y tampoco les dijo que no a las pelanduscas de los pisos, aprovechándose sin duda, pensé yo, de su posición de poder. Se reía cuando me contaba algunas de sus historias, siempre picantes, incluso soeces. Por el esfuerzo de contarme y carcajearse, acababa tosiendo como un fumador empedernido. Ahora soy viejo, me decía cuando acababa una de aquellas añoranzas de un esplendor que en el fondo, sospecho, nunca existió, pronto la palmaré, añadía tras un silencio forzado. Volvía a reír y yo nunca supe que responder cuando me lo decía.

Por necesidad me adapté, sin embargo, a sus trapicheos.

A veces, en el restaurante gallego, nos sentábamos con un hombre de su quinta, Marcelo. Es de mi pueblo, me dijo cuando me lo presentó. Qué pueblo es el vuestro, pregunté, no recuerdo si con curiosidad real o por simular cierto interés, lo cierto es que sabía poco de Venancio, aunque ya llevaba meses trabajando para él. Era Llerena, me respondió, en Badajoz.



—Es un lugar con mucha historia, no te vayas a creer -Venancio se rio, áspero, como si lanzara un mensaje velado-; éste te podrá contar, pero no le hagas mucho caso, son cuentos de viejo.

Marcelo apenas dibujó una sonrisa. Detecté cierta sequedad por su parte, como si hubiera un secreto que causaba entre ellos un resquemor de lustros. Imaginé alguna de esas rencillas entre hampones que habían convivido a su pesar, una historia de intereses contrapuestos, de celos y de alianzas no siempre fáciles, de odios intensos y quién sabe si de acciones inconfesables que les relacionaba de forma inevitable: si caía uno, caerían los dos, así lo veía yo. Aunque el asunto me hubiera interesado en otro momento, a aquellas alturas de mi vida apenas me hacía ya ninguna gracia.

Claro que aquel hombre poseía algo que me pareció diferente, algo tal vez honroso, pese a todo.

Una tarde, comenzaba a anochecer, me crucé con Marcelo en el Puente de San Antón. Fue él quien me vio primero y me llamó.

—¿Dónde has dejado a Venancio?

Le dije que ese día no lo había visto y tampoco le vería ya en las próximas horas, tal vez mañana o pasado me llamase, le comenté, aparentando no estar muy convencido. Intenté, por vergüenza o por conciencia de la ruindad de mis servicios, que entendiera que en realidad yo no trabajaba en todo momento para él, que apenas eran ocasionales mis prestaciones, y que en el fondo me molestaba ese vínculo que sentía insano además de ilegal, o directamente no quería que me considerase un títere del viejo.

—Te invito a un vino -propuso él entonces.

Fuimos a las tabernas de Bilbao la Vieja, una zona que Venancio no solía frecuentar. Recelaba del ambiente político de esa esquina del barrio, siempre le oía murmurar con rabia cuando al pasar por la zona veíamos las pancartas y los carteles con reivindicaciones radicales. Nunca hablamos de política Venancio y yo, de donde se saca la paga mejor no polemizar, era un principio que siempre tuve muy claro y me fue muy bien así. Como si leyera mi pensamiento, Marcelo me comentó lo que ya intuía, que su paisano siempre tuvo una inclinación reaccionaria.

—Y eso que viene de una familia de jornaleros y peones.

No hay peor reaccionario que el que reniega de sus orígenes, añadió tras un silencio breve, como si de pronto recordase algo trascendental. Pensé en ello. Venancio no era en absoluto un burgués, sino más bien un tunante al que en algún momento le habían salido bien las cosas. Tenía dinero, sí, pero lo guardaba con avidez, como si lo único que diera sentido fuera almacenarlo en aquel armario de su casa que yo había visto cerrar bajo siete llaves. No había por tanto en él una actitud de clase, no la debería de haber ni parecía planteárselo más allá de sus rezongos ocasionales. La vida a menudo resultaba insoportable para todos. Aun así, consideré que Marcelo tenía razón y que había que ser fieles a los orígenes, al menos pretenderlo. Tal vez yo no sabía mucho de política, pero tenía clarísimo quienes eran los míos.

—¿Y tú qué piensas de todo esto?

Me quedé un tanto perplejo.

—¿De qué?

—De la cuestión social.

Me sentí como un niño al que se le formulaba una pregunta que no venía al caso o que no sabía responder. La cuestión social, repetí sin saber qué decirle o tal vez dudando si debía pronunciarme sobre el tema. Por otro lado, ya tenía yo una edad, alguna que otra experiencia y la conciencia de que algo no estaba bien en aquel modelo de sociedad, siempre había intuido que mi situación no sólo dependía de mí mismo. Aunque no sabía muy bien de qué. Simpatizaba por lo demás con los obreros que salían a la calle y a menudo se



enfrentaban a los policías, los lacayos del capital, escuchaba que los llamaban, con toda la razón, por otro lado. Pero era la mía una simpatía sin ninguna base, más bien algo emocional, un palpito que me hermanaba con los obreros que se manifestaban y a cuya hueste me hubiera gustado pertenecer.

—Yo fui del POUM -dijo entonces Marcelo, rompiendo de pronto uno de esos ensimismamientos tan propios de él.

Cuando el tabernero nos trajo dos chatos más, me contó que apenas era un chaval que comenzaba a ganar un jornal en el campo, un trabajo duro, pero no había más opción que seguir los pasos de los padres, de la CNT, y el deseo de acabar con aquella miseria. Asaltar los cielos era su única alternativa. La de los miserables de la tierra, me dijo. Me habló entonces de aquel partido del que oí entonces hablar por primera vez y en el que apenas tuvo tiempo de militar.

—No pudo ser, la revolución.

A sus padres los metieron en la cárcel cuando llegaron los nacionales.

—Fue el padre de Venancio quien dio la lista de los comprometidos.

Me estremecí y me pregunté la razón de esa asociación entre ambos si había cuestiones pendientes, asuntos de familia que venían de lejos.

Marcelo se marchó de Llerena y se buscó la vida, primero en Cáceres, luego en Valladolid y por fin en Bilbao.

—Fue en las chabolas de Uretamendi donde me encontré a Venancio después de muchos años. No sabía que estaba aquí. No sé cómo le fue acabada la guerra. Me di cuenta en todo caso de que aquí movía dinero. Siempre fue muy espabilado, la verdad sea dicha. Me propuso entrar en sus trapicheos. No sé si por culpabilidad o porque no sabía nada de lo ocurrido entre su padre y el mío. Le dije que sí por necesidad, qué otra cosa podía hacer, un poco como tú ahora.

Nunca hablaron de ello.

Pero seguía la herida abierta.

Le pregunté si nunca pensó en vengarse. Calló un instante.

—Muchas. Pero nunca vi la oportunidad.

Salimos de la tasca y nos encaminamos a Corazón de María. Era ya de noche y la calle estaba llena de gente. En la plaza, los camellos pasaban bajo mano sus papelinas a cambio de un par de billetes. Apenas disimulaban. No hacía falta.

Le pregunté que había sido de sus padres.

—Mi padre murió en prisión. Madre salió poco después y murió al cabo de unos pocos meses.

—¿Y los padres de Venancio?

—Siguieron sobreviviendo, a pesar de protegerles el régimen. Habrán muerto hace tiempo, imagino.

Avanzamos por San Francisco y cuando llegamos al puente sobre las vías observamos la estación de Abando.

—Los hijos nunca heredan la culpa de los padres, no deberían -afirmó, trascendente-. Además, pese a todo, no es mal tipo. No siempre, es verdad, y a menudo ha predominado lo peor de sí mismo, pero tiene su fondo, como todos. Por contra, es verdad que no puedo dejar de pensar en todo aquello. No se hizo justicia. Con nadie. Le conté entonces dónde guardaba lo que sacaba de sus trapicheos. Me sentí sucio nada más decírselo. Era consciente de lo que estaba proponiéndole, yo nada tenía que reprochar a Venancio. Al fin y al cabo, me estaba ayudando y nunca me pidió cometer ningún delito.

—Mañana lo podemos hacer.

No tuve claro si lo afirmé o era más bien una propuesta.

De vez en cuando me pasaba por su casa sin necesidad de que me llamara antes, sólo para comentar cualquier cosa o para saber si podía hacer algo. Tampoco sospecharía si aparecía junto a Marcelo. Eran socios, nos conocíamos los tres y el barrio no era grande. Sabía además que Venancio había hecho cosas parecidas e incluso peores. E intuí que con lo que me tocara me podría marchar de la ciudad. Llevaba semanas rondándome la idea de irme, de marchar a cualquier sitio. De escapar de aquella vida y tal vez también de mí mismo.

En cuanto a lo que le ocurriera a Venancio, pensé, era evidente que no me correspondía a mí decidirlo.



Por Roberto M. Ballarín

Fin de trayecto

La estación está casi vacía. El sol cae oblicuo sobre los andenes. Las columnas proyectan sombras largas que cruzan las vías y se prolongan sobre la grava, como si quisieran alcanzar la otra orilla. Un gran reloj preside el vestíbulo. Permanece allí, inmóvil, por encima de los pasajeros, de los anuncios y de los trenes. Nadie parece reparar en él. El viento levanta una hoja entre los raíles. Da unos tumbos, se detiene, vuelve a avanzar unos metros y desaparece entre la hierba del terraplén.

—Próxima llegada, vía dos.

El viajero se coloca el sombrero y empuña la maleta. Muy lejos, casi confundido con el aire, se oye el silbido de un tren que todavía tardará en aparecer. Cuando por fin asoma entre los árboles, reduce la velocidad con una serenidad antigua y entra en la estación sin prisa, como si conociera de memoria cada metro de aquellas vías. Se detiene. Las puertas se abren. Desciende una pareja. Un hombre lleva un periódico doblado bajo el brazo. Una mujer arrastra una maleta demasiado grande para un viaje quizá demasiado corto. Otros viajeros suben. Nadie parece demorarse en la estación. El viajero agarra el asa de la maleta y durante un instante parece dispuesto a levantarla. Los nudillos se tensan. Después los dedos se aflojan. La maleta permanece en el suelo.

Las puertas vuelven a cerrarse y el tren reanuda la marcha con lentitud. El último vagón se aleja. El rumor del hierro permanece unos instantes suspendido en el aire, cada vez más débil, hasta confundirse con el zumbido de los cables y desaparecer. Entonces vuelve esa quietud difícil de nombrar. No es un silencio completo. El viento sigue pasando entre las columnas y algún pájaro cruza sobre las vías.

La megafonía habla una vez más.

—Tren con destino a... Una breve pausa.
—...vía dos.

Él continúa mirando las vías. Deja maleta y sombrero en el suelo del andén y permanece de pie,

ligeramente inclinado hacia las vías. No adopta la postura de quien espera con impaciencia ni la de quien está a punto de marcharse. Simplemente está allí, acodado contra una columna. Poco después vuelve a oírse un silbido. El viajero no se mueve. Las dos líneas de acero parten de la estación y avanzan hacia el horizonte hasta convertirse en una sola. Él no aparta la vista de ellas.

II

El siguiente tren llega con la misma puntualidad que el anterior. Después otro. Y otro más.

Un anciano desciende con cuidado del vagón y se detiene para orientarse. Una muchacha abraza a alguien antes de subir. Un niño corre detrás de una paloma hasta que su madre lo llama.

Cambian los destinos. Cambian los pasajeros. Solo el viajero permanece.

La megafonía anuncia una nueva llegada. El sombrero vuelve a su cabeza. El viajero apoya una mano sobre el asa de la maleta. Los nudillos se tensan.

Cuando las puertas se abren, adelanta un pie. Pero la mano vuelve a relajarse. El pie regresa a su lugar. La maleta permanece en el suelo. Las puertas se cierran.

El tren parte. El último vagón desaparece tras la curva. El rumor de las ruedas permanece en el aire y se confunde con el zumbido tenso de las catenarias. Después vuelve el viento. Las sombras de las columnas ya no ocupan el mismo lugar que al principio de la mañana.

El cuero del asa aparece suavemente oscurecido donde la misma mano la ha sujetado tantas veces. Un hilo de distinto color sostiene un remiendo en la manga del abrigo. El sombrero regresa sobre la maleta. El gran reloj continúa presidiendo el vestíbulo. Los viajeros levantan la cabeza al pasar. Algunos apresuran el paso. Otros consultan el reloj de pulsera antes de subir al tren.



El viajero nunca mira la hora.

Permanece allí.

La megafonía vuelve a romper el silencio. — Próxima llegada, vía dos. Muy lejos, casi confundido con el viento, vuelve a oírse un silbido. El viajero levanta el sombrero.

III

Otro tren llega. Reduce la velocidad hasta detenerse frente al andén. Las puertas se abren. Descienden algunos viajeros. Otros ocupan su lugar. La megafonía anuncia el destino.

El viajero se coloca el sombrero. Apoya una mano sobre el asa de la maleta. Esta vez la levanta. Sube al tren.

Las puertas se cierran. El convoy inicia la marcha con un leve estremecimiento. El viajero permanece de pie junto a la puerta.

No busca asiento. El andén comienza a deslizarse tras el cristal, muy despacio. Las columnas. Los bancos. El gran reloj. Las sombras. La estación se aleja hasta desaparecer. Solo quedan las vías. Las traviesas. Los postes. La misma línea de acero perdiéndose hacia el horizonte. El viajero deja la maleta en el suelo. Abre los cierres, levanta apenas la tapa y mira dentro de ella. Vuelve a cerrarla y apoya la mano sobre el cuero gastado. Después levanta la vista. Las vías continúan sucediéndose al otro lado de la ventanilla. Se acerca a la puerta. La abre. El viento invade el vagón. Nadie parece advertirlo. La velocidad del tren aún es reducida. El viajero recoge la maleta y salta. La grava amortigua la caída. La maleta golpea el suelo a su lado. Permanece inmóvil. El tren continúa alejándose. El último vagón se hace cada vez más pequeño. El viajero lo contempla hasta que desaparece tras una curva. Solo entonces recoge la maleta.

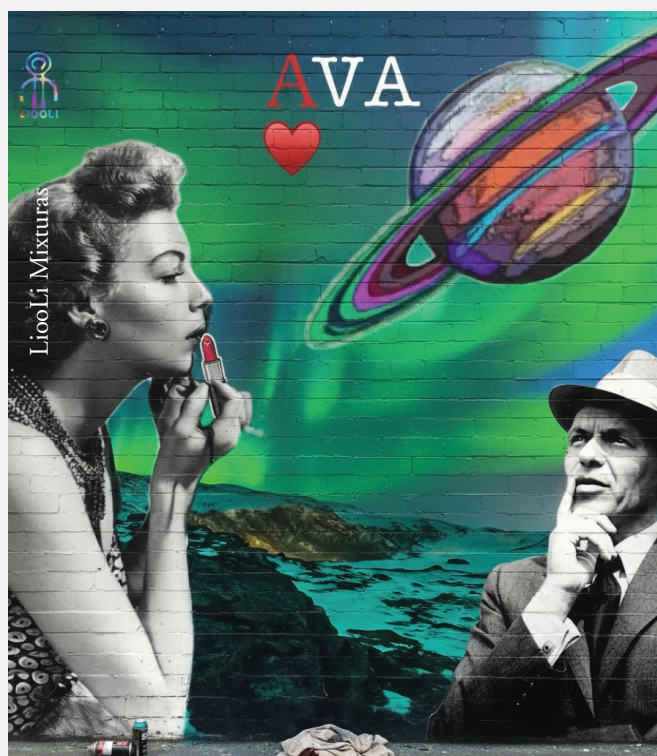
IV

Regresa caminando por la grava, entre las vías. La estación continúa allí. Un tren acaba de partir. Otro llegará. Nadie parece advertir que se había marchado. Tampoco que ha vuelto. Todo ocupa el mismo lugar. Las columnas. Los bancos. El gran reloj. Las sombras se han desplazado sobre el andén.

El viajero regresa hasta el banco donde había permanecido tanto tiempo. Deja la maleta sobre la madera. Permanece un instante con la mano apoyada sobre el cuero. Después abre los cierres. Levanta apenas la tapa. Mira de nuevo y vuelve a cerrarla con el mismo cuidado. La mano permanece todavía unos segundos sobre la maleta. Después se aparta. Al incorporarse, los hombros descienden apenas un instante.

Cruza el vestíbulo. Al pasar bajo el gran reloj levanta por primera vez la cabeza. Permanece un instante contemplándolo. Después continúa. Al fondo del vestíbulo hay una pequeña puerta abierta. La cruza. Al otro lado no hay andenes. Ni raíles. Ni horarios. Solo la llanura. Da unos pasos. Después se detiene.

Vuelve la vista. La estación permanece inmóvil bajo el sol. Llegará otro tren. Después otro. Los viajeros seguirán bajando. Otros subirán. El gran reloj continuará marcando la hora. La megafonía seguirá anunciando destinos. Él echará a andar. Caminará sin horarios. Descubrirá senderos que ningún mapa recoge. Se perderá más de una vez. Habrá días en que, al escuchar el silbido lejano de un tren, recuerde las sombras alargadas de las columnas, el gran reloj sobre el vestíbulo y el cuero gastado de una maleta que ya no lleva consigo. Quizá entonces se emocione o sonría. Y seguirá caminando.



El rojo de sus labios

El rojo de sus labios es el rojo de un cuchillo clavado en la garganta y el mismo color rojo de sus medias de cristal desnudándole las piernas. Es el rojo de su bolso de piel a juego con el rojo de los zapatos de tacón alto, los botones forrados en cuero rojo de su traje sastre y las flores del *foulard* que luce al cuello.

El rojo de sus labios es la sangre roja de la luna, la sangre que empapa los capotes de los toreros en la plaza de toros una tarde de domingo, la sangre de los decapitados por el hacha del verdugo en el cadalso y la de los asesinos que matan a navajazos a sus víctimas por sorpresa. Es el rojo de las guerras y del mor que se mastica con furia en la boca hasta hacerla sangrar por las encías.

El rojo de sus labios es el rojo de un incendio y el rojo de las llamas reflejado en los ojos de los animales del bosque que huyen del incendio. Es el rojo de la cresta de los gallos prisioneros en las jaulas de una granja de animales, el rojo del hierro que se funde para hacer acero y el rojo de los semáforos en rojo de las calles.

El rojo de sus labios es el color que prefieren los suicidas y el color de la hemoglobina de la sangre que huelen los tiburones a varias millas de distancia en una gota de sangre perdida en el océano.

(De *El rojo de sus labios*, 2013)

Betty Boop nunca sonríe

Betty Boop nunca sonríe, no asoman a su boca de fresa los dientes manchados de rojo. Parece incluso que Betty Boop fuera muna, una flapper; ya lo ven, que no tuviera voz propia en la vida con la que hacerse notar. ¿Cómo pensar en ella si resulta sólo un bonito dibujo en una cartulina? Betty Boop luce sus adorables piernas infinitas. No es Helen Kane sino la pícara Mae Questel que canta como Helen I Wanna Be Loved By You. Yo siempre la veo con zapatos de tacón alto, esos aros de oro que encajan en el lóbulo de las orejas y en las muñecas como el anillo del hula hoop; el pelo ondulado y sus pestañas largas, gigantes, capaces de magnetizar a cada parpadeo hipnótico. Yo sueño con Betty Boop y su vestido ceñido a las caderas, el corazoncito que adorna sus ligas, sus torpes movimientos mientras camina, estira hasta el cielo los brazos cuando se despereza. ¿Es el diablo que nos enamora poniendo cara de niña? ¿Es un ángel que anuncia un perfume?



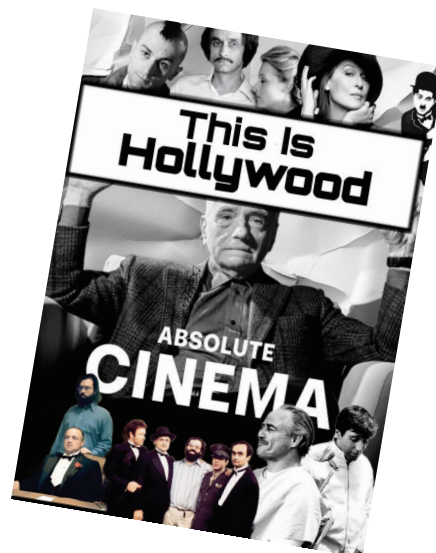
Porca miseria

Tengo en mi interior tanta inocencia
Que me acorralo de miedo sin saber
El frío argumento de no pensar.
Tengo siete resortes colgados
Como notas musicales
Que surgen desde mis pies a mi cabeza;
Los siete se hacen espacio
Mientras me tantea la suerte
De un diablo de madera.
¡Qué miseria es la mía!
Cuando lo ignoro todo
No se me niega apenas nada
Y cuando lo sé todo
Me encierro con mi verdad viciada.
Vivo prisionero como muñeco de trapo;
Me paraliza el hambre y el sueño,
Me trajo hasta aquí la nostalgia
Y me voy a morir extrañando mi alma.
La vida para algunos es un ataque
Por la espalda, mientras crees
Que todos han de permanecer

Al palpar de latidos sin un pulso.
La vida está pensada para que tengamos
De todo, siempre y cuando,
No disfrutemos de nada.
De algo hay que morir.
Y en esa precariedad han de anudar
Los años como nudos contados contra el olvido.
Y como días en que la angustia
Nos ha de verdad encontrado.
Tienes valentía porque ignoras,
Sin embargo,
la cobardía saldrá a tu encuentro.
El mundo respira más de reino salvaje
Que de tragedia griega.
Has conseguido romper
la música de mi silencio,
Ahora desafina por entero
La paz de este organillo.
Pero nadie tiene la culpa,
Hay que recalcar
dando el do de pecho.

Eres tú, eres todas

No te nombro porque eres todas y ninguna;
llevas la paz en los ojos, de tierra pintados,
los labios sellados todavía gritan en otras bocas
porque el silencio no es compañero del verso amargo
y hay palabras que cobran vida después de muertas.
Es un viaje largo el que te espera, de mano en mano,
porque eres rosa de espinas, compañera, y yo te abrazo,
aunque sangres entre mis dedos, en las palmas del mundo;
nadie querrá soltarte, pues sostener tu dolor,
es no soltar tu recuerdo.



Necesito

Pierdo insistente la total costumbre
En las canciones de andar por casa,
Me meto con la eterna servidumbre
Y olvido a veces comiendo rabos de pasa.

Pasado replegado repleto de incertidumbre
Aun tengo la anfibia herida infectada,
Que sube tras la herrumbre a la cumbre
Y toda plegaria se contradice de nefasta,

Un sol interior deseo que te deslumbre
En las inmediaciones de la palabra,
Le pides a mi corazón que ebrio acude

Tejiendo sátiras perversas de verbigracia.
Me he impregnado de negra mugre
En el verano pueril de la blanca mañana,

Creo en mi volátil verdad que no intuye
Las cosas que se disuelven en agua,
Pero todo este infierno solitario transcurre

En la rabia que se enreda de rasa sábana
Busco la Epifanía que sólo Dios traduce
Para que alguien me diga
[que no pasa nada, que no pasa nada.
Pero sí pasa.

La guerra interior

Si para destruir mi nociva guerra interior
Tengo que poner coto a mi locura,
La ataré en el claustro de mí yo opresor
En esta cremallera abierta sin costura.

Tengo que enamorarme otra vez de mí yo
Si me hiero en este potro de tortura,
Tengo la pátina de un hermano mayor
Y toda la bestia en mí es otra impostura.

Creo, perpetraré otra voz desde mi flor
En esta cárcel necia de flaca cordura,
Y pienso qué puede ser peor si es mejor

Esta sed febril y pétrea de mi angostura,
Huir de esta guerra mía tan interior
Es huir hasta de mi misma sepultura,

Echaros de menos debe ser algo menor
Que entregarme a la poesía que nada cura.

CECILIO OLIVERO MUÑOZ

POEMAS DE ASFALTO Y VELOCIDAD



Las hijas de la Noche

Eres tú y, ahora,
esa mirada que divisa las nubes negras,
como escapadas de un incendio,
que, invasoras, avanzan sobre los edificios
y el exánime fondo del ocaso
acarreando con ellas una súbita noche
y el rumor inminente de la lluvia en las calles.

Pues tuya es todavía la dorada hebra de las horas,
la valiosa y frágil trama urdida por la hilandera Cloto,
y constelada por el azar del rumbo que
Láquesis decide.

Tuyo es aún el camino y el tiempo del camino
al que han de poner fin las tijeras de Átropo.
Mas solo cabe cumplir lo destinado por las
fatales hijas de la Noche.

‘Alea iacta est’

Entre el pasado
—en parte, desvaído—
y ese futuro incógnito
—al fin, irremediable—
transitas sin demora.

Vano es interrogar a la Sibila
por el albur que aguarda.

Pero, puesto que nada lograrán remediar ni
alborotos ni súplicas,
no encomiendes el ánimo a lo aciago
y pide a Elpis, la siempre seductora y divina esperanza,
que no te sean esquivas sus bondades
ni se muestren ajenos los días coronados por
augurios propicios
y clementes.

Designio

Precavido, te diriges a Delfos. Incógnito
se muestra el tiempo no llegado,
en donde todo espera —magnífico o mediocre,
sosegado o convulso—
aún venidero —atroz o tolerable—
y concluyente,
pues firme es el designio de la Moira
y enigmática la predicción de la Sibila.
Mas llegarás a ser aquel que eres
aunque nunca consigas conocerte a ti mismo.



Cambalache

Las paredes sudan calor.
En la radio, con estática de fondo,
De Angelis rasga «Atenti pebeta».

Teresa mira por la ventana abierta.
Arrecian en la calle bocinas rabiosas;
su esposo la espera en el auto.
Yo empiezo con las excusas:
«Tenemos que hablar».
Pone un dedo en mis labios,
alarga la mano para que me levante y

—pegados—
bailamos despedida azul,
como si el tango pudiera
falsear el tiempo.

«El que tiene guita, lastra...».
Tita Merello canta que el reloj se atrasa.
El mundo *yira y yira*.

Abajo, la bocina calla.

Díptico del domingo por la tarde

QUÉ QUIERES QUE TE DIGA

Me dices que estás solo,
desolado
como cine de verano
al final de octubre.
Qué desparpajo.
Dices que te mojas —por fin—
y te quedas más ancho
que la vía del tren;
ese que nunca te trae.

Yo te siento extraño,
como el disco rayado
de tu canción favorita.
Una mosquitera muerta
sin ventana.

¿Y yo?
Mis piernas, un flan previo
al examen de conducir.
Inquieta, como gata en tu tejado.
Más perdida que la señal del GPS
en un túnel de la M30.

Pero sobrevivo.
Sobrevivo porque mañana,
aunque lunes,
es día de salario.

FUERA DE COBERTURA

Preguntas cómo estoy —sin ti—.
Es, pues, momento de mojarme:
me siento solo,
documental sin ruido
de callejones vacíos.

Más incómodo
que unos padres
un sábado noche.
Silencioso,
un murmullo en tu terraza.

Bravío,
como los quinquis de mi barrio,
si te robo el corazón.
Más perdido
que un taxista en Cabify.

Pero todo esto se pasa.
Se pasa porque mañana,
aunque lunes,
es día seis.

Una vida, un alma

Una vida en un montículo
y el alma fragmentada
en cada pieza amontonada
sobre un raído colchón.

Tantos años comprimidos
en objetos que no importan
ni valor alguno tienen
salvo para quien los adquirió.

Tabaco que ya no prende,
olvidos de rostros impresos;
figuras que marcaron su infancia
en imágenes ya sin color.

Aquel reloj que le hizo abuelo,
o, en su funda azul, las gafas
para leerle a los nietos
bajo la luz de aquel farol.

Las letras de aquellos libros
que conservó en su memoria
y fueron brújula de sus días,
hoy, el tiempo las borró.

Una vida en una estancia;
el alma diseminada
en cada enser olvidado
en aquella habitación.

Tanta vida condensada
en objetos inservibles
que ningún amor despiertan
salvo para quien sí los amó.

El silencio de la ausencia de Dios

El gran vacío
donde antes resonaba un nombre.
El silencio atronador
que no responde
a gritos desgarrados,
a rodillas que suplican.

¿Por qué el hierro
que rasga el aire,
que quiebra huesos,
que siembra el llanto?
¿Por qué estos trapos
de colores que dividen
como si fuera nuestra,
nuestra para matar?

Y los pequeños
con ojos vacíos,
con barrigas tensas,
ecos de hambres
que nadie parece escuchar.

La tela oscura
que viste a algunos
con promesas buenas,
con manos que abusan,
manchando el altar
de lo que debió ser
un refugio de luz

Háblanos ahora
no desde piedras frías,
no desde dogmas ajenos.
Háblanos en el gesto tierno,
en la mano tendida,
en el pan compartido,
en la risa que sana.
Háblanos en la bondad
esa chispa divina
que aún palpita
en el latido humano.

Algo pesa entre mis manos

Algo pesa entre mis manos...
no puedo escuchar, ni sentir,
y estuve pensando, mirando,
inventándome,
quizás... un deseo,
o... un nada comprendo,
no lo sé, solo sé que fue,
un simple pensamiento;
donde me presiento
a mitad de un camino,
será como dicen... ¡el final!,
sí, escucho el canto del viento,
y de los lirios que imaginé...
animan el camino, llaman a la calma,
y pienso... ¡por fin hallaron
las huellas del alma, o del destino!,
si pudieran ver

el cansancio de los tantos delirios,
o será que el amor espera el silencio
de las rosas, porque
quiere ver
su color fundirse entre los dedos,
sin dolor, sin quejas de la sombra...
cantándole al sol, como yo;
que en mis sueños, a la oscura noche duermo,
mientras... a la fría luna contemplo, para no ver
helarse el deseo de las mariposas;
si un pequeño ángel despertara,
besara tus manos y te entregara
una rosa; así... andaría en silencio,
sin prisas, ¡cuando mi alma reposa!

Sábado 28 de marzo, del 2025.

www.nevandoenlaguinea.com

Revista literaria Digital Trimestral
Nevando en la Guinea



[HTTP://www.nevandoenlaguinea.com](http://www.nevandoenlaguinea.com)